



02/La relación personal con el otro en el hospital.

Felisa Elizondo,
Profesora de Antropología teológica.
Universidad Pontificia de Salamanca.

La relación entre el personal asistencial y el paciente constituye la vía por la cual se dispensa el tratamiento y se logra la curación del enfermo. Sin embargo, no se puede concebir ni tratamiento ni curación sin hacer referencia al proceso de interrelación personal desde un enfoque integral. El profesional asistencial junto con el paciente forma un sistema, lo que supone una compleja trama de interacciones, de forma que la conducta de un elemento del sistema repercute en todo el sistema, y por lo tanto en la conducta de otros elementos. El tema ha suscitado múltiples tratamientos por parte de pensadores existencialistas o personalistas. Los ha tenido en el mundo de la psicología y, desde luego, en el de la ética. También se suman las valoraciones que se han registrado en la antropología teológica. La autora hace un breve repaso por todas ellas.

Palabras clave:
Relación, El otro, Existencia, Antropología.

The relationship between the caregiver and the patient is the means by which the treatment is given and healing the sick is achieved. However, neither treatment nor cure can be understood without making reference to the process of interpersonal relations from a comprehensive approach. The healthcare professional -together with the patient- form a system, which is a complex web of interactions, so that the behavior of a system element affects the entire system, and therefore the behavior of other elements. The issue has raised multiple interpretations by existentialist or personalist thinkers, both in the area of psychology and, of course, in the area of ethics. The considerations that have taken place in theological anthropology can also be added to these. The author makes a brief review of all of them.

Key words:
Relationship, Others, Existence, Anthropology.

1/

En ambiente hospitalario.

El del hospital es un tiempo, además de ser un lugar, donde se ponen a prueba muy agudamente las relaciones interhumanas. Lo podríamos testificar cuantos hemos necesitado ser ayudados y confortados en situación de enfermedad por las manos y la mirada de quienes nos han brindado sus cuidados. La profesión médica -ampliamente entendida- como la educación o el trabajo social en sus distintas formas, no pueden dejar caer ni siquiera por un instante la convicción de que quien requiere su atención es, cada uno, persona y persona única.

Si la convivencia sería impensable sin que relaciones de veras humanas y no sólo instrumentales sostuvieran nuestro vivir diario, una falla en nuestra salud hace aún más esperable y deseable que quienes hacen de su trabajo una dedicación al cuidado traten muy esmeradamente a cada uno en su irrepetible personalidad.

Cabe, pues, volver a meditar sobre la gran cuestión del otro como persona, en su originalidad incambiable, en el ambiente hospitalario, como hemos visto hacer a prestigiosos prácticos de la medicina. A alguno de ellos, bien conocido entre nosotros, recordaremos más adelante.

Pero tenemos que advertir enseguida que nuestra entrada en el tema se limita a valorar lo que, para una antropología que no quiera reducir al ser humano, ha supuesto el giro operado desde la llamada filosofía trascendental, hija del idealismo y marcada por la centralidad del yo como sujeto, hacia un pensar personalista y dialógico. O lo que es lo mismo, intentaremos recordar el paso a un planteamiento que se detiene en la condición personal de los dos sujetos en juego y en la densidad de la relación interhumana.

2/

Lo decisivo de la relación.

De esta antropología preocupada por la relación ha recibido importante aliento la profesión médica. De ahí que releer algunas afirmaciones que documentan ese giro del pensar contribuye a reafirmar la tarea, siempre actual, siempre inacabada, de pensar dignamente del otro como otro humano que es, y de actuar en consecuencia.

Al fin y al cabo se trata de plantear nuevamente la cuestión de quién es el ser humano, pregunta fundamental y siempre abierta, que no llega a ser respondida por saberes que avanzan y se diversifican, aunque acumulen un número de datos nunca antes alcanzado.

Además, este “retorno” puede reforzar ahora mismo la voluntad de reconocer prácticamente la dignidad de los otros, cercanos y distintos en esta era de mundializaciones diversas, en la que los antes lejanos son ahora próximos e inmediatos mercedores de atención. Un reconocimiento debido ante todo a quienes están en situación de debilidad, como los que encontramos en las salas de un hospital. Debido hasta el punto de que la negativa nos llevaría a dimitir de nuestra propia condición de humanos.

Un historiador de la medicina y lector incansable como **Lain Entralgo** reconocía aquel giro del pensamiento a que nos hemos referido como un verdadero hito. En unas páginas tituladas a modo de tesis: *El otro como otro yo*, recordaba el momento significativo que siguió a la I Guerra, en el que coincidieron en las librerías el ensayo de **Max Scheler** sobre la simpatía, el *Ich und Du* (Yo y Tú), doblemente famoso de **Martin Buber** y la versión alemana de un trabajo de **Ortega y Gasset**. El desencanto de las gentes de Europa frente al individualismo burgués y la esperanza de una vida social a la vez más personal y más comunitaria fueron dos motivos históricos a los que esos autores fueron sensibles, y se perciben en el fondo de sus páginas, advertía Lain¹.

3/

El enigma-misterio del otro.

También en los primeros decenios del XX, tanto en el área alemana como en la francesa, el problema (o misterio del otro, si escuchamos a **Marcel**, un pensador que citaremos), prolonga aquel reconocimiento del “tú” con el que necesariamente coexiste nuestro “yo”, que mereció también consideración especial en la reflexión sobre la persona, su condición y dignidad.

El tema suscitó múltiples tratamientos por parte de pensadores existencialistas o personalistas. Los ha tenido en el mundo de la psicología y, desde luego, en el de la ética. Al conjunto se suman las valoraciones que ha registrado en la antropología teológica.

De esos momentos primeros recogeremos algunas afirmaciones que merecen ser releídas por lo que representan de afirmación del otro como persona, como un “tú” inseparable del “yo”.

4/

La palabra primordial: “Yo y Tú”.

Con el antecedente de Max Scheler y su acento en la singularidad del otro humano, un breve ensayo titulado precisamente *Yo y Tú* resultó decisivo. Publicado en alemán por Martin Buber, un filósofo versado en la corriente de los hassidim, que invocaban al Tú Eterno sin olvidar que el judaísmo es “una religión de los rostros”, conoció un eco notable. Aquellas páginas suponen una particular concepción del lenguaje y de la experiencia, algo que hay que tener en cuenta a la hora de comprender el planteamiento. Pero en la filosofía de Buber incide poderosamente la tradición bíblica de la proximidad, algo que más adelante marcará también la reflexión de Lévinas:

“Cuando estoy ante un ser humano como un Tú mío -escribe- le digo la palabra básica Yo-tú, él no es una cosa entre cosas ni se compone de cosas”.

Admitida la diferencia entre ese reconocimiento del tú y la mera objetivación, escribe:

“Relación es reciprocidad.
Mi Tú me afecta a mí como yo le afecto a él.
Nuestros alumnos nos enseñan, nuestras obras nos edifican (...)
Al principio está la relación (...)
El ser humano se torna Yo en el Tú²”.

Al afirmar que el hombre entero se pone en juego en la relación, Buber tiene en cuenta la dificultad

1. Cf. Lain Entralgo, P., *Teoría y realidad del Otro I*, Madrid, Revista de Occidente, 2ª ed. 1968, 259.

2. Martin Buber, *Yo y Tu*, Trad. Carlos Díaz, Madrid, Caparros, 1993, 15, 21, 23, 32. Sobre el pensamiento de este autor, Diego Sánchez Meca, *Martin Buber. Fundamento existencial*, Barcelona, Herder 1984-.

3. Cf Yo y Tú, 118-120.

4. M. Buber, ¿Qué es el hombre? Trad. E. Imaz, México-Madrid, FCE 2ª ed 1981, 144-146 y 150-151.

5. Cf. Yo y Tú, 118-120.

(habla de cierta “melancolía”) de llegar a vivirla plenamente, proclives como somos a objetivar al otro y a caer en un esquema reducido a yo-ello, olvidando que la relación interpersonal comporta libertad y originalidad si ha de ser de veras intersubjetiva. En un **Epílogo** escrito a cuarenta años de distancia de la primera edición acepta lo pertinente de algunas críticas y los cuestionamientos que había suscitado el lugar concedido a la “palabra primordial” Yo-Tu. Pero no se desdice de lo decisivo del encuentro y del diálogo en la relación personal genuina. Reitera las exigencias de esa relación, que debería llevar a cumplimiento el “nosotros esencial” que nos constituye pues, a su juicio, sólo llegan a poder decir “nosotros” dos sujetos con responsabilidad propia. Mutualidad o reciprocidad caracterizan a la verdadera conjunción del yo y el tú³.

Cuando en 1942 recoge los intentos de respuesta a la cuestión de qué es el hombre ensayados por filósofos antiguos y modernos, incluido Max Scheler, Buber resume su posición frente al individualismo y al colectivismo de su época como “una rebelión por la libertad de la relación”. Y prolonga sus tesis primeras volviendo a llamar la atención sobre la calidad propia de una auténtica relación interhumana y sobre el acontecimiento singular del “encuentro”, categoría fundamental en su antropología:

“El encuentro del hombre consigo mismo, sólo posible y al mismo tiempo inevitable, una vez acabado el reinado de la imaginación y la ilusión... no podrá verificarse sino en el encuentro del individuo con sus contemporáneos y tendrá que realizarse así. Únicamente cuando el individuo reconoce al otro en toda su alteridad como se reconoce a sí mismo, como hombre, y marcha desde este reconocimiento a penetrar en el otro, habrá quebrantado su soledad en un encuentro riguroso y transformador.

Es claro que un acontecimiento semejante no puede producirse más que como un sentimiento de la persona como persona”.

Y aparece su convicción más arraigada:

“El hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre. Lo que singulariza al mundo humano es, por encima de todo, que en él ocurre entre ser y ser algo que no encuentra par en ningún otro rincón de la naturaleza”.

Hasta concluir:

“Podemos aproximarnos a la respuesta de la pregunta “¿Qué es el hombre?” si acertamos a comprenderlo como el ser en cuya dialógica, en cuyo “estar-dos-en-recíproca-presencia” se realiza y se reconoce cada vez el encuentro del “uno” con el “otro”⁴.

Sin dejar de pensar en esa centralidad del encuentro y en las condiciones de la relación que funda lo humano, Buber advierte también de las dificultades que han de ser superadas para que el tú no devenga en ello. Y reconoce que, si bien no cumplen plenamente la nota de mutualidad-reciprocidad plena, pueden considerarse verdaderas relaciones interhumanas las que se dan entre educador y educando, o entre médico y paciente. A condición de que en ambos casos, el médico o el profesor se comporten como un “viviente interpelador y sin embargo distanciado”⁵.

La profesión médica como la educación o el trabajo social en sus distintas formas, no pueden dejar caer ni siquiera por un instante la convicción de que quien requiere su atención es, cada uno, persona y persona única

5/

Marcel y Mounier sobre la realidad del otro.

Sería interminable dar cuenta siquiera esquemáticamente de las consideraciones que esta problemática ha tenido entre filósofos y cultivadores de otras disciplinas. Al preguntarse por la existencia humana, se subraya la posible empatía, o la presencia que interpela, que reclama atención, respeto o cuidado. Sobre el tema han incidido personalistas y existencialistas, con expresiones varias que cualifican la relación interpersonal. Así, hablan de nuestro existir como de un coexistir, de la apertura y la posibilidad de ser afectados y mostrarnos disponibles, “hospitalarios”. Aun reconociendo una soledad, separación y distancia irreductibles y un último núcleo (en nosotros mismos y en el otro) al que no es dado acceder, que comporta soledad, separación y distancia irreductibles, sin por ello anular la posibilidad de vivir “la proximidad”. En ellos se encuentran también advertencias sobre la fragilidad y las patologías de la relación. Con el impacto de años de guerra en los que padeció amenazas de muerte que se cumplieron en muchos de sus contemporáneos, Marcel volvió a preguntarse por lo que el otro es para el yo. En sus anotaciones se puede encontrar un intento reiterado de salvar de la mera objetivación y de lo inventariable al otro humano, a aquel ser que puede responder. Un esfuerzo por no degradar el vínculo entre el otro y yo rebajándolo del orden del ser al del tener⁶.

Sólo en la relación el ser humano concreto se hace persona, entiende Marcel. Y en el orden de lo personal se sitúan la invocación, la presencia, la llamada. Y a la relación interpersonal se adscriben la apertura, la disponibilidad, el compromiso, el amor y la fidelidad, términos que glosa en distintos momentos.

El 11 de noviembre de 1932 escribe unos párrafos destinados a Ser y Tener:

“Cuando trato a otro como un tú y no ya como a un él, esta diferencia de trato, ¿no califica sólo a mí mismo, a mi actitud hacia ese otro, o bien puedo decir que tratándole como un tú penetro más profundamente en él, que aprehendo más directamente su ser o su esencia? (...)

Al tratar al otro como tú lo trato y lo comprendo como libertad, porque es también libertad y no sólo naturaleza. Más aún, le ayudo en cierta manera a ser libre, colaboro a su libertad – fórmula que parece excesivamente paradójica y contradictoria pero que el amor no deja de verificar - . Mas, por otra parte, el otro es realmente otro en tanto que libertad (...) El otro en cuanto otro no existe para mí sino en la medida en que yo estoy abierto a él (o que él es un tú), pero yo no estoy abierto a él sino en la medida en que dejo de formar conmigo una especie de círculo en el interior del cual yo alojaría en cierto modo al otro o más bien su idea...⁷”

Según esto, reconocer lo irreductible de la persona -su misterio- no equivale a desistir de una comunicación interpersonal, que cuenta con las posibilidades del encuentro, y hasta del amor, como rezan otros textos suyos. Aunque en demasiados casos no llegue a darse ese prodigio por culpa de una mirada no atenta o de la no disponibilidad y hasta del rechazo de parte de uno u otro de los sujetos en presencia. También en las páginas escritas por otro pensador francés, Emmanuel Mounier, pueden encontrarse afirmados al mismo tiempo lo incomunicable o no participable de la persona en su singularidad y su constitutivo ser hacia, y la comunicación como experiencia humana fundamental. En el Manifiesto del personalismo llega a afirmar:

6. Así en sus conocidos Diario Metafísico (1928) y Ser y tener (1935).

7. Ser y Tener, trad. Ana M. Sánchez López, Madrid, Caparrón 1996 107-108.

8. Cf. De otro modo que ser ,o más allá de la esencia, Trad. A. Pintor- Ramos, Salamanca , Sigueme 1987, 147-156.

“La primera experiencia de la persona es la experiencia de la segunda persona: el tú y, por tanto, el nosotros, llega antes que el yo, o por lo menos lo acompaña... Cuando la comunicación se aleja o se corrompe, yo me pierdo profundamente a mí mismo; toda demencia es un jaque a las relaciones con los otros: el alter se convierte en alienus, y yo, a mi vez, me convierto en un ente aislado”.

6/

El rostro que interpela: Lévinas.

Pasado un tiempo, ha sido Lévinas, un filósofo marcado por el sufrimiento de la Shoá, quien ha afirmado lo “inmemorial” del otro haciendo valer la herencia bíblica a través de sus lecturas del Talmud. Lévinas critica y prolonga a su manera aquella interrogación levantada por Buber y nos ha dejado algunos de los textos más vigorosos que se hayan escrito sobre la obligación inexcusable que nos impone la presencia del otro, sobre la interpelación que llega de un rostro, o lo inmediato de la proximidad:

“El prójimo me concierne antes de toda asunción, antes de todo compromiso consentido o rechazado. Estoy unido a él que, sin embargo, es el primer venido sin anunciarse, sin emparejamiento, antes de cualquier relación contratada. Me ordena antes de ser ordenado. Relación de parentesco al margen de toda biología, “contra toda lógica” (...) El prójimo me emplaza antes de que yo lo designe, lo cual es una modalidad

no del saber, sino una obsesión y, con relación al conocimiento, un gemido de lo humano totalmente otro”.

Para Lévinas sólo en el nivel de la ética puede situarse la relación que se sigue del aparecer de un rostro que significa para mí una responsabilidad irrecusable que antecede a todo consentimiento libre, a todo pacto, a todo contrato, que escapa a la representación. Que es “menos” que el fenómeno, que es “inmediatez desnuda”, pero que se impone, me afecta y me incumbe⁸.

En el difícil lenguaje que caracteriza la escritura de este pensador, extremado en bastantes de sus expresiones, las palabras prójimo, hermano, otro, llevan consigo las de exigencia, servicio y hasta culpabilidad o deuda. Todo ello porque para el autor de El humanismo del otro hombre (título bien llamativo), siempre se “llega tarde” a la cita o al acercamiento con el prójimo. Un aviso que, en su buscada formulación extrema, da qué pensar y, sobre todo, obliga a actuar. Más nombres podrían mencionarse como exponentes de la vuelta a lo humano concreto y la atención a cuanto se juega en la relación interhumana. Las posiciones filosóficas no han pasado desapercibidas en la antropología que se resiste a que la realidad humana sea fragmentada o parcializada. Por su parte, la psicología se ha ocupado ampliamente de las condiciones que hacen posible y salvaguardan la intersubjetividad. Y la práctica médica -extensible a todas las formas del cuidado en ese mundo- ha encontrado apoyo en la llamada que llega desde esos ambientes y que siente como propia.

7/

Los límites de la relación.

El profesor Laín Entralgo cerraba así el primer tomo del libro que citábamos al principio:

“Desde la Psychologie des Gesellschaft... no ha cesado la investigación psicológica de la relación interpersonal... Y casi es ocioso subrayar que en el cumplimiento de este vigoroso empeño de la Psicología contemporánea han tenido los médicos parte muy importante”.

Y añadía a continuación:

“La relación interpersonal entre el terapeuta y el enfermo es y será siempre fundamento de la actividad médica, pero la medicina moderna, exclusivamente atendida a la visión científico-natural del mundo, se ha esforzado por considerar esa relación como un caso particular de la que existe entre un “sujeto” cognoscente y operante (el médico) y un “objeto” susceptible de estudio cuantitativo (el cuerpo del enfermo). Es verdad que el ejercicio clínico obliga al médico, como una vez dice Claudio Bernard, “a tener en cuenta en sus tratamientos eso que llaman influencia de la moral sobre lo físico”, esto es, la vida íntima y personal del paciente; pero muy diligentemente añade el gran fisiólogo que todas sus consideraciones nada tienen que ver con las ciencias...”

A esa relación reconocida en su peculiaridad, así como al encuentro, sus posibilidades y deficiencias, dedicó el tomo II del libro antes citado. Allí pone de relieve la importancia de una calidad de la mirada, la escucha y aun el tacto en la percepción del otro, que se expresa y se me hace presente, me requiere y reclama mi respuesta en responsabilidad. El requerimiento pide que yo esté disponible para el diálogo o para un silencio respetuoso, para la acogida y la compañía. También, cuando es posible, para la amistad.

Ahora bien, si el reconocimiento del otro como persona no permite que la percepción de su realidad se detenga en la superficie, sino que intente una comprensión de lo que con sus gestos y su decir o callar expresa, el médico ha de aceptar de antemano que hay un fondo nunca penetrable, por lo que la relación siendo “correcta” será siempre deficiente y nunca concluida: “En la relación interpersonal la vida personal del otro se me escapa, y mi vida personal escapa al otro”, le oímos decir en medio de una importante experiencia médica y al término de largas lecturas¹⁰.

Sucede que el otro, una cuestión siempre pendiente y sobre la que vale la pena volver, dado que nuestras posibilidades son co-posibilidades, es una realidad nada fácil de circunscribir. Que merece ser abordada desde las varias perspectivas del saber y del empeño ético, aun a sabiendas de que estamos llamados a convivir con el enigma: el de nuestro propio yo, el de los otros y el del nosotros:

“Lo característico de lo humano - escribió también Lévinas - empieza en el poder convertirse en animal santo (no mero animal racional). El primer valor de lo santo es no dejar al prójimo abandonado a su soledad y su suerte. En esto consiste la vocación médica del ser humano. Es indispensable responder a la apelación del rostro del otro: salir de sí es ocuparse del otro, de su sufrimiento y su muerte antes que de la propia muerte, es el descubrimiento del fondo de nuestra humanidad, del bien en el encuentro con el otro¹¹”.

9. Teoría y realidad del otro I, 423-424.

10. Teoría y realidad del otro II, 308.

11. Cit por J. Masía, Bioética y antropología, Madrid, Publicaciones Universidad de Comillas, 1998,157.